

G.F.

EL GOBIERNO DEL GENERAL ROMERO Y LA PERSECUCION DE LA IGLESIA
EN EL SALVADOR



El Gobierno de El Salvador se ha cansado de repetir que no hay persecución de la Iglesia Católica en El Salvador. El mismo presidente Romero trató de desvirtuar este hecho en su reciente visita a México. Según él, en El Salvador no hay persecución religiosa como tampoco hay presos políticos. Monseñor Romero tuvo que desmentirlo. En mala hora hizo el Presidente estas declaraciones. Casi en los mismos minutos la OEA proclamaba oficialmente ante el mundo latinoamericano que sí hay persecución religiosa violenta de la Iglesia por parte del gobierno salvadoreño y los cuerpos de seguridad para corroborarlo atacaban violentamente un centro de la Iglesia y asesinaban a un sacerdote y a cuatro muchachos que recibían un curso de iniciación religiosa.

La conclusión décima del Informe sobre la situación de los derechos humanos en El Salvador, aprobado por la Comisión interamericana de derechos humanos de la Organización de los Estados Americanos (OEA) a la que pertenece El Salvador dice textualmente así: "Como consecuencia de las actividades que la Iglesia Católica realiza por estimar que forman parte integral de su misión, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y laicos que cooperan activamente con la Iglesia, han sido objeto de persecución sistemática por parte de las autoridades y de organizaciones que gozan del favor oficial". Y la recomendación sexta dice textualmente: "Tomar las medidas necesarias para prevenir que continúe la persecución de los miembros de la Iglesia católica que actúan en ejercicio legítimo de su misión pastoral".

No se puede decir que la OEA sea un organismo subversivo ni parcial. No se puede decir que la comisión investigadora que vino a El Salvador invitada por el presidente Romero no haya oído a todas las partes interesadas. No puede decirse que su largo informe de 157 páginas esté hecho a la carrera. No puede decirse la Comisión Interamericana de Derechos humanos ha sido engañada. La conclusión de todo ello es evidente: hay persecución de la Iglesia católica en El Salvador.

Por lamentable coincidencia y para dar mayor prueba de que es así el sábado pasado los cuerpos de seguridad asaltaron un local



de la Iglesia y en él atropellaron y asesinaron a participantes en un curso de iniciación cristiana, dirigido por un sacerdote y una religiosa, conforme a un plan aprobado por las autoridades de la arquidiócesis, como línea pastoral propia. No se siguió forma legal ni civilizada en el ataque sino formas llenas de odio, completamente irresponsables y desproporcionadas. Un nuevo atropello a la Iglesia, una muestra más de la persecución.

Todavía en los casos de los Padres Rutilio Grande y Alfonso Navarro los asesinos no se presentaron públicamente como pertenecientes a los cuerpos de seguridad. Nunca se supo oficialmente quiénes fueron. En el caso del Padre Barrera las propias fuerzas de seguridad se responsabilizaron del hecho, pero apelaron al carácter presuntamente guerrillero del grupo en cuestión; aun así, pidieron que salieran a través de megáfonos. En el caso de San Antonio Abad nada de esto ocurrió: ni había razón para el ataque ni los cuerpos de seguridad hicieron nada porque les abrieran pacíficamente las puertas. Las autoridades saben perfectamente bien que la tropa de ataque no fue agredida, que lo que encontraron fue gente indefensa, la mayor parte de ella jovencitos que todavía dormían, que el Padre asesinado no les ofreció la más mínima resistencia, que los jóvenes asesinados, uno de ellos de catorce años, tampoco hicieron nada que pudiera ser del menor peligro para agentes superarmados.

La conclusión de todo ello es evidente. Hay persecución de la Iglesia por parte del actual Gobierno. La OEA lo afirma y lo afirman innumerables hechos, el más grave de los cuales es el caso de San Antonio Abad.

Esta persecución no sólo es signo de barbarie y de injusticia, que ni siquiera en los países totalitarios del Este de Europa se realiza de ese modo -y buena prueba de ello puede dar Juan Pablo II-, sino que es un trágico error político. Internacionalmente vamos a regresar a niveles bajo cero y vamos a situarnos entre los países más inhumanos. Dentro del país vamos a regresar a tensiones que van a hacer más difícil la paz. Ayer se reunían 106 sacerdotes que representan mayoritariamente al clero de la arquidiócesis. La solidaridad con el Obispo fue total, el diagnóstico de persecución unánime, la decisión de seguir adelante firmísima. Si el Gobierno entiende el evangelio sabrá por qué.